

MESA REDONDA 1C

EL VALOR DE LA PALABRA Y EL PODER DE LA IMAGEN

**EL VALOR DE LA PALABRA Y EL PODER
DE LA IMAGEN**

Por ELIO A. GALLEGO GARCÍA

Director del Departamento de Disciplinas Básicas
de la Facultad de Ciencias Jurídicas y de la Administración
Universidad San Pablo-CEU

1. El título y el objeto de esta mesa redonda, «El valor de la palabra y el poder de la imagen», están haciendo referencia a aspectos muy fundamentales de la naturaleza humana. El hombre no es comprensible sin imaginación o sin lenguaje. El hombre vive de imágenes y de palabras. Pero no se trata, supongo, de hablar de la facultad imaginativa o verbal que el hombre posee en abstracto, sino en el contexto bien preciso de la llamada «sociedad de la información». La mera consideración de la cuestión a la que alude el título es de tal densidad y hondura filosófica que supera con mucho mi capacidad intelectual y los pobres conocimientos que sobre la materia poseo. Si, además, se nos pide un juicio, una valoración sobre el momento en que nos hallamos a partir de tales reflexiones, mi perplejidad y sensación de impotencia llegan a su extremo más alto. Para estar en condiciones de intentar tan difícil empresa, y poder estar a su altura, he buscado subirme a los hombros de un gigante, en uno de los grandes gigantes de nuestra tradición: en los hombros de San Agustín. ¿Puede un autor del siglo V, d. C., constituirse en guía para una interpretación de los tiempos actuales? Esta es la idea que, tras mi lectura de San Agustín, se va convirtiendo progresivamente en certeza. Sobre esto no tengo duda. Sobre lo que ya tengo más dudas es sobre mi capacidad de subirme a tales hombros. Lo que constituirá mi verdadero reto y de cuyo resultado dependerá que

mi aportación resulte una palabra iluminadora sobre la cuestión, o bien una palabra completamente inútil que solo a mí me será imputable.

2. Parte San Agustín de la existencia en el hombre de una palabra interior previa a todo lenguaje externo. «La palabra que fuera resuena —observa el santo de Hipona—, signo es de la palabra que dentro esplende, a la que conviene mejor el nombre de verbo; pues la palabra que los labios pronuncian, voz es del verbo, y se denomina verbo por razón de su origen». Se trata de un verbo humano «anterior a todos los signos que le representan y es engendrado por la ciencia, que permanece en el alma, cuando esta ciencia, tal cual es, se expresa en una palabra interior»¹ (*Trin.* XV, 11, 20). Este verbo, anterior al sonido o a la concepción del sonido, es verdadero cuando hablamos de lo que sabemos. «Y entonces el verbo es semejante en extremo a la cosa conocida, de la cual nace la imagen, pues la visión del pensamiento se engendra de la visión de la ciencia, verbo que no pertenece a idioma alguno, verbo verdadero de la realidad verdadera, verbo que nada tiene de suyo, sino que todo lo recibe de la (ciencia) conocimiento que le da el ser» (*Trin.* XV, 12, 22). Se trata de una palabra interior que es, además, principio de todo obrar humano. *Initium omnis operis verbum*, dice el Eclesiástico 37, 20; «no es posible la acción si no precede el verbo», observa San Agustín.

3. Este verbo o palabra interior, que es término de nuestro entender, y acto de nuestra inteligencia, nace de la memoria. Pero cuidado. La memoria para San Agustín no es el mero recuerdo de las cosas pasadas; «memoria —explica Bofill— no es tanto aquí una facultad particular del sujeto cuanto la facultad general de autopresencia, la constancia del sujeto psíquico en su identidad consigo mismo en el curso del tiempo, como principio de su actividad y soporte de su devenir»². Cabría hablar, pues, de una «memoria de sí»: «Así como en las cosas pretéritas se llama memoria a la facultad que las retiene y recuerda —observa San Agustín—, así con relación al presente, cual lo está la mente para sí misma, se puede llamar sin escrúpulo memoria a la facultad de

¹ Se trata de su clásico tratado sobre la Santísima Trinidad (*De Trinitate*). He seguido la edición bilingüe de la B.A.C.

² BOFILL, J., *Ontología y libertad*, en *Obra filosófica*, Ariel, Barcelona, 1967, pp. 99-100.

estar presente a sí misma, para poder por su propio pensamiento conocerse» (*Trin.* XIV, 12, 14). Es, pues, esta memoria de sí la que nos permite decir yo con plena conciencia y afrontar la vida en primera persona.

4. Si de la intimidad de la memoria nace el verbo o palabra interior, nace igualmente la voluntad con el que la memoria y el verbo forman una unidad. «El verbo concebido es justamente nacido cuando la voluntad reposa en la misma cosa conocida... Luego el verbo es... conocimiento con amor. Porque la mente cuando se conoce y se ama, se le une su verbo por el amor; y porque ama la noticia y conoce el amor, el verbo está en el amor, el amor en el verbo, y ambos en el que ama habla» (*Trin.* IX, 10, 15). Así pues: «Es el amor un abrazo entre la noticia y la mente» (*Trin.* IX, 8, 13). Por lo que: «La contextura de la mente es tal, que siempre se recuerda, siempre se conoce y siempre se ama» (*Trin.* XIV, 14, 18). De esta trinidad formada de mente, noticia y amor surge nuestra memoria como conciencia de sí, memoria de la que brota nuestra inteligencia y nuestra voluntad. «Dotada de inteligencia, esta memoria principal posee también una facultad volitiva, y en la memoria encontramos preparado y oculto cuanto puede ocupar nuestro pensamiento; encontramos estas dos potencias cuando pensando descubrimos que entendemos y amamos algo que ya existía, aunque no pensábamos en ello; y esta inteligencia informada por el pensamiento está dotada de memoria y amor, y este verbo verdadero lo expresamos en nuestro interior, sin auxilio de idioma alguno, cuando decimos lo que sabemos; porque la mirada de nuestro pensamiento no vuelve sobre sus recuerdos sin la memoria, y solo el amor la hace volver. Así, el amor que une, cual padre a su hijo, la visión asentada en la memoria con la visión que surge en el pensamiento, si no tuviera apetencia de saber, lo cual supone memoria y entendimiento, ignoraría lo que en buena ley debería amar» (*Trin.* XV, 22, 41). Si bien ha de quedar claro que es el hombre el que, por su memoria, conoce y ama. «Soy yo el que conozco y hablo en mi corazón lo que sé. Y cuando pienso, descubro en mi memoria que comprendo y amo» (*Trin.* XV, 22, 42).

5. De esta primera palabra que nace de la intimidad del corazón se desvela en el hombre una trinidad a imagen de Dios. «Todo el que pueda conocer la palabra antes de ser pronunciada,

e incluso antes de poder el pensamiento formarse una imagen del sonido —palabra que no pertenece a ningún idioma conocido entre las naciones—; cualquiera que pueda repito, comprender esto, podrá ver en este espejo y en enigma alguna semejanza de aquel Verbo de quien está escrito: En el principio está la Palabra, y la Palabra estaba en Dios, y la Palabra era Dios» (*Trin.* XV, 10, 19). Y, del mismo modo, «como nuestro verbo se hace voz sin mudarse en palabra, así el Verbo de Dios se hizo carne sin convertirse en carne. Al asumir lo sensible sin ser por él absorbido, nuestro verbo se hace palabra y el Verbo se hizo carne» (*Trin.* XV, 11, 20). Tal es el valor de nuestra palabra interior, por lo que «es necesario llegar al verbo humano, al verbo del animal racional, al verbo imagen de Dios —no nacida de Dios, sino creada por Dios— que no es sonido prolaticio ni imaginable como sonido, el cual es menester que pertenezca a un idioma cualquiera» (*Trin.* XV, 11, 20), para hallar en nosotros una imagen de Dios. Imagen de Dios por la que somos capaces de Dios y podemos participar de Él. El valor de la palabra radica, en definitiva, en que por ella el hombre es imagen de Dios y *capax Dei*. De ahí que nuestra felicidad se halle en el descubrimiento y contemplación de esta imagen de la trinidad soberana en el hombre. «Todo cuanto alienta y vive en el hombre ha de referirse al recuerdo, a la visión y al amor de esta Trinidad excelsa, para deleite, contemplación y recuerdo» (*Trin.* XV, 20, 39).

6. Hasta ahora hemos hablado de una palabra interior que se corresponde con lo que San Agustín considera como el hombre interior, pero en unidad con él, se halla igualmente un hombre exterior. En principio no debemos encontrar en esta distinción entre hombre interior y hombre exterior una división maniquea, entre el aspecto bueno y malo que existe en cada uno de nosotros, esto sería malentender al santo de Hipona. Se trata de reconocer, simplemente que, a diferencia de Dios o de los ángeles, el hombre es un ser corporal que vive por los sentidos y la imaginación, y que es por los sentidos y por las imágenes por los que nace nuestro conocimiento de la realidad. En este proceso del conocimiento, de fuera adentro, se da una primera trinidad entre lo visible, la visión y la atención con que la vista se fija en el objeto. «Por consiguiente, no podemos decir que el objeto visible engendre el sentido, pero sí engendra cierta forma, como una semejanza suya,

que actúa en el sentido al percibir con la vista un objeto» (*Trin.* XI, 2, 3). Esta semejanza con el objeto es la imagen de la cosa. «Lo que es al sentido del cuerpo la presencia en el lugar de un objeto, es a la mirada del alma la imagen del objeto en la memoria» (*Trin.* XI, 4, 7). Y ya hemos visto cómo de esta mirada de la mente a la imagen surge el conocimiento en forma de palabra, que es la idea inteligible de la cosa. En todo este proceso juega un papel fundamental la voluntad, al ser esta la facultad que une y vincula la imagen custodiada por la memoria con la mirada interior del alma. Siéndole todo esto natural al hombre, bien puede suceder que por «nuestra familiaridad con la materia, nuestra atención se asome al exterior con pasmosa facilidad, y así cuando se tiene que arrancar de la incertidumbre de la materia para fijar su atención con más firme y cierto conocimiento, en el espíritu se refugie en estas cosas y busca su descanso allí donde tuvo su origen su enfermedad» (*Trin.* XI, 1, 1). «Pero el alma racional —dice un poco más adelante San Agustín— se degrada cuando vive según la trinidad del hombre exterior; es decir, cuando se entrega a las cosas externas, formadoras del sentido corpóreo, no con laudable intención de referirlas a un bien útil, sino arrastrada por una torpe apetencia que la lleva a apegarse a ella» (*Trin.* XI, 3, 6). Así pues: «Vivir según la trinidad del hombre exterior es un mal y una deformidad» (*Trin.* XI, 5, 8).

7. Como decíamos antes, en esta deformidad consistente en vivir según las imágenes de las cosas exteriores juega un papel fundamental la voluntad, pues puedo a voluntad imaginar lo que plazca. Sucede entonces que: «Enamorada el alma de su poder, olvida el bien universal y se desliza hacia el interés privado; y llevada de una soberbia satánica, principio del pecado, en vez de seguir en el mundo de la creación a su Dios y Rector para ser óptimamente gobernado conforme a sus leyes, apeteció ser algo más que el universo, al que intentó someter a su ley; y como nada existe más amplio que el mundo se precipitó en la inquietud del bien particular, y así, aspirando a lo más, decreció; por eso la avaricia se dice la raíz de todos los males. Cuanto haga, por un interés particular, en contra de las leyes que rigen el orbe, lo ejecuta por medio del cuerpo que parcialmente posee; y así, complacida en estas formas y movimientos corpóreos, no poseyéndolos en su interior, se enreda en las imágenes grabadas en su memoria

y se enloda torpemente en la fornicación de su fantasía, refiriendo a estos fines bastardos todas estas actividades; fines que busca con curiosa diligencia en los bienes corporales y temporales mediante los sentidos del cuerpo; o con hinchada altanería afecta ser más excelsa que las almas esclavas de los sentidos del cuerpo, o se sumerge en las marismas cenagosas del placer de la carne» (*Trin.* XII, 9, 14). En definitiva: parte de la culpable ambición de ser como Dios y llega ser semejante a las bestias» (*Trin.* XII, 11, 16). De este predominio de la voluntad, de este voluntarismo, es del que decía Fabro, con razón, que constituía la esencia de la cultura moderna.

8. Pero parémonos aquí en la exposición de San Agustín. Hemos visto cómo al hombre le es especialmente apetecible entretenerse en las imágenes por dos razones: la primera, porque por las imágenes se nos hace presente en nuestro interior todos los deleites corporales; en segundo lugar, porque la voluntad, a partir de la memoria, puede jugar una y mil veces con tales imágenes, recordando goces pasados e imaginando otros nuevos a partir de los ya vividos. La imaginación, por tanto, nos permite a voluntad revivir los goces experimentados al tiempo que nos hace experimentar nuestro señorío sobre las imágenes que tales goces generan. El hombre en este proceso imaginativo se di-vertie, es decir, se vierte hacia lo exterior en abandono de su interioridad. Diversión que le es sumamente atractiva al hombre. «La única cosa que nos consuela de nuestras miserias —observa agudamente Pascal— es el divertimento. Y, sin embargo, es la más grande de nuestras miserias. Porque es ella la que nos impide pensar en nosotros y la que hace que nos perdamos insensiblemente. Sin ello estaríamos llenos de tedio, y este tedio nos impulsaría a buscar un medio más sólido de salir de él; pero el divertimento nos entretiene y nos hace llegar a la muerte insensiblemente»³. El proceso contrario, entendido como un retorno al hombre interior, vendría definido por la palabra con-versión. Cosa por cierto que, según San Agustín, no es posible sin una gracia de Dios.

9. Pensemos ahora en la conexión entre esta tendencia a la di-versión en el hombre en el contexto de la sociedad tecnológica y los actuales medios de comunicación. De un lado, los actuales

³ PASCAL, B., *Pensamientos*, Alianza Editorial, Madrid, 1981, n.º 414, p. 126.

medios de comunicación audiovisuales proporcionan al hombre para su consumo un torrente de imágenes cuya finalidad es precisamente la distracción de la que hace un momento hablábamos, y que el hombre de hoy demanda. Torrente de imágenes que le proporciona además una sensación de poder en cuanto ejerce un cierto papel selector de tales imágenes; pero de otro lado, los poderosos medios de comunicación que viven de suministrar dichas imágenes al hombre-consumidor de hoy tienden a someterlo a un estado de excitación y aturdimiento crecientes, cuyo resultado no puede ser otro que un tipo de vida cada vez más exterior y dependiente. Por lo que el hombre, llamado a vivir a partir de una memoria de sí, se ve sustituido por un hombre que vive según una imagen de sí. Imagen de sí que normalmente otros se encargan de suministrarle. Se trata de un hombre cada vez más superficial y epidérmico, un hombre que vive en un mundo progresivamente virtual de espaldas a su verdadero yo.

10. Si la víctima de esta sociedad de la imagen es el hombre interior, hombre que vivía de una palabra interior, de un verbo del corazón, nada más natural que esta misma palabra quede oscurecida, cuando no silenciada o manipulada. Y aquí entran en juego los sofistas, los grandes defensores de la sociedad de la imagen. Sin el sofista, la sociedad actual no es comprensible. «La sofística no está tan alejada de nosotros como se piensa», decía Hegel. Y Nietzsche, dando un paso más, declaraba: «La época de los sofistas, nuestra época»⁴. Cuando Gorgias afirma que «el hombre es la medida de todas las cosas», reduciendo el conocimiento de la realidad a la percepción sensible de la misma, podría haber afirmado igualmente que la realidad es como uno la imagina. Lo real queda reducido a la imagen que uno se hace de las cosas. Y la palabra queda reducida a ser portavoz, no de la verdad de las cosas, de su significado inteligible, sino de la imaginación de alguien, bien de uno mismo, bien de quien tiene poder para transmitir dicha imagen de la realidad. La imagen no sirve ya a la palabra, es esta la que sirve a la imagen.

11. Pero, podríamos preguntarnos, ¿qué hay detrás de esta sobrevaloración de la imagen en el mundo de hoy con la consi-

⁴ Cit. en PIEPER, J., «Abuso de poder, abuso de lenguaje», en *La fe ante el reto de la cultura contemporánea*, Rialp, Madrid, 1980, p. 217.

guiente corrupción de las palabras que ello implica? Según el pensador alemán Josef Pieper, la adulación. Se trata de adular a las masas, de encontrar la debilidad del hombre y explotarla al máximo. Y habla Pieper, en primer lugar, de la «industria del entretenimiento», cuyo fin en sí mismo es decir y comunicar lo que se quiere oír. «Y no es que la demanda se dirija nada más a lo “agradable” en el sentido más obvio del término. En último término, no solo hay sensualidad, vanidad, curiosidad, sentimentalismo; también hay crueldad, el deseo de ser escandalizado, la alegría por el mal ajeno, el placer de injuriar, el afán destructivo, el enardecimiento por lo radical (por las soluciones definitivas), el entusiasmo por la derrota, etc. Todas esas debilidades han de decirse halagando y, lo que es más grave, no cualquier forma, sino de forma creíble y, como dice Hegel, “con buenas razones”»⁵. Para ello, según Pieper, basta una buena dosis de descaro y la promesa de éxito impresionante. ¿Quién es sofista, continúa nuestro autor? Un fabricante de realidad ficticia, afirma Pieper. Alguien que se pone al servicio de las imágenes de los hombres, podríamos decir nosotros.

12. En conclusión. El hombre interior vive de una palabra interior, de una palabra que desvela y manifiesta el significado de la realidad, comenzando por la realidad del propio yo, que por la palabra del corazón —*verbum cordis*— se reconoce a sí mismo como *imago Dei*, imagen de Dios. La corrupción de esta palabra —y como dice el proverbio *corruptio optimi pessima*—, que los que tienen el poder, quienes verdaderamente lo tienen, están llevando a cabo con la complicidad de todos nosotros, solo puede tener como resultado la progresiva incapacidad de reconocer la realidad tal como esta es, o lo que es lo mismo, el encarcelamiento del hombre en los estrechos márgenes de su imaginación. Que esto no suceda, es decir, que no nos inclinemos a elegir una vida según nuestras propias imágenes, que acaban convirtiéndose en ídolos, y optemos por una vida verdadera según una palabra del corazón solo depende en la capacidad de acogida de la única Palabra —ahora con mayúscula— que nos puede salvar de nuestra propia debilidad y maldad.

⁵ PIEPER, J., *op. cit.*, pp. 225-226.